

de todos y cada uno de los personajes en que no es posible decidir los aplausos por las personas preparadas todas, todas comprensivas y todas artistas, o por la mano que las reunió, con tan admirable perfección y con tal unidad. Particularmente digno de mención es el mérito de Isabela Corona, la artriz sobre cuyos mudos labios cae la tragedia, pues que no teniendo su papel lucimiento propio, pequeño y casi completamente mudo, sabe transmitir al público todas las emociones que, si se pueden beber en la intimidad de la novela, desde la distancia del proscenio habrían empalidecido y aún desaparecido, encargadas a otra intérprete.

Quienes creen en el teatro mexicano aún, vean ahora este camino, el único con posibilidades. Han fracasado ya tres temporadas de lo que se llamó "comedia mexicana". Ha triunfado, en cambio, esta obra. ¿Cuál es la lección? Desde luego, que México debe enorgullecerse de tener buenos autores, no de tener muchos. Un solo Azuela vale infinitamente más que cien escritores y escritrices recolectados en las huestes de la clase media del talento. Una obra como "Los Caciques", aún con sus defectos de técnica teatral, sin duda graves y frecuentes, es un triunfo mucho mayor que una docena de imitaciones de todos los teatros europeos, viejos y nuevos. Y, segunda enseñanza, que la salvación del arte debe ser encomendada a los artistas, a quienes con preparación, gusto y talento, puedan hacer una labor cultural, y no a asociaciones comerciales de gentes dedicadas al teatro para vivir, como pudieron dedicarse a otra, y a las que llamar artistas sería tan grave desacato como llamar poetas a las taquígrafas, aunque les dicten versos a veces. La Universidad ha sido esta vez quien ha tomado en sus manos esta difícil bandera. Ojalá sepa sostenerla airoosamente. Que el triunfo de "Los Caciques" no sea el único.

(De "Diario del Sureste". Mérida, Yuc.)

Leon Feuchtwanger contra André Gide

EL ESTETA EN LA U. R. S. S.

CUANDO André Gide, a su vuelta de un viaje al fondo del Africa, se declaró comunista, su conversión no fue, en suma, sino estética; fue una crisis de sentimentalismo en un escritor sensible, cuyos nervios se habían estremecido a la vista de los sufrimientos que soportaban los negros explotados del Congo. Sin embargo, en la U. R. S. S. se acogió como una convicción política todo lo que Gide decía en su hermoso libro sobre este viaje al Africa. En realidad, no existía tal convicción. El "comunismo" de Gide no era un resultado de reflexio-

nes lógicas; el escritor se había encontrado simplemente en tal estado de espíritu, como hubiese podido también afiliarse al catolicismo y a adoptar a Jesús y María de la misma manera que había adoptado a Marx y Lenin.

Por lo demás, no hay duda de que Gide hizo su viaje a la U. R. S. S. con una idea preconcebida y errónea: había entendido mal el proyecto de la Constitución soviética y confundió la verdadera democracia—a la cual se ha llegado en la U. R. S. S.—, con la democracia formal; exterior, de los países de la Europa occidental. Así es que se sintió profundamente desilusionado, al no encontrar en la U. R. S. S. la libertad de opinión y de prensa, en el sentido occidental. Se entristeció al ver que los soviets no sentían ningún deseo de cambiar su socialismo por el parlamentarismo europeo.

André Gide viajó por la U. R. S. S., en el estado de espíritu de un parisiense refinado, irónico, egocentrista, convencido de que París es el centro del mundo. Miraba sin interés alguno todo lo que de grande ha sido realizado en la U. R. S. S.; pero, en cambio, su atención era atraída por algunos signos innegables de esa falta de buen gusto que es patente en algunas partes de Rusia. Así como, durante largos años, los franceses no reconocieron sino a regañadientes el genio de Shakespeare, acusándolo de barbarie, de mal gusto, de salvajismo, de la propia manera Gide vió con ojo crítico algunos defectos soviéticos, cierta falta de confort y de gusto. Pero en cambio no supo apreciar la grandeza del conjunto.

La U. R. S. S. ha llegado a ser tan poderosa, y su consolidada y razonable existencia, es un hecho tan evidente, que cuanto de ella se dice viene a ser prueba decisiva más bien de las cualidades del observador que del objeto observado. Mejor que lo que hace falta, deben verse en la U. R. S. S. las inmensas realizaciones de un socialismo que ha hecho a este país más rico, más poderoso y más desarrollado intelectualmente. El confort no es allí, sin duda, el mismo que se exige en la Europa occidental, y así, por ejemplo, en los *waters* se hallan papeles de periódico, en lugar del papel higiénico. A Gide le pareció que debía concentrar su atención en esta ausencia de papel higiénico.

Entre los reproches más serios hechos por Gide, recojemos aquel en que critica con violencia la "divinización" de Stalin. Es cierto que en la U. R. S. S. se rinden mayores honores a Stalin que en la Europa occidental. Pero, cuando se mira de cerca, fácilmente se comprende que no se honra en él al individuo sino al representante del socialismo. Esta admiración por Stalin no tiene nada de artificial, es consecuencia lógica del éxito del socialismo. El pueblo está agradecido con Stalin por el pan y por la carne, por el orden y por la instrucción, en una palabra, por la defensa de estas adquisiciones mediante la creación de un ejército nuevo. Al pronunciar el nombre de Stalin, el pueblo piensa en su prosperidad siempre en aumento. Y al decir, "amamos a Stalin", muestra el pueblo también su adhesión al socialismo.

También se burla Gide del "stakhanovismo", y llega a afirmar que únicamente la pereza de los

rusos lo explica y lo hace necesario. Sin embargo, basta echar una mirada sobre los resultados obtenidos en la U. R. S. S. para darse cuenta de que se trabaja en este país con mayor alegría que en cualquiera otra parte del mundo. Semejantes resultados nunca llegarían a obtenerse con la constrictión. Quien haya visto en Moscú, no importa qué fábrica y no importa qué inmueble, ¿podrá negar que el pueblo aprueba siempre el ritmo del trabajo que se le exige? ¿Podrá extrañarnos que en un país cuyo principio esencial proclama: "a cada uno según sus capacidades y según su trabajo", se trate de intensificar la producción mediante la racionalización y mediante la paga a destajo? Y cuando Gide habla de la pretendida pereza rusa ¿no está dándonos pruebas de presunción, de espíritu caprichoso y de mala voluntad?

Gide alude, con mucha insistencia, al nivelamiento en la U. R. S. S., a la unificación de las almas. Pero olvida que en aquel país está creándose una cultura nueva y que una gran parte del pueblo apenas acaba de aprender a leer y a escribir. El alfabeto es necesariamente el mismo para todos. Todos tienen, pues, que pronunciar la "a" como "a". Ya se llegará el tiempo de hablar de individualización, cuando todos hayan aprendido las ciencias elementales.

Sin duda que, en ciertos órdenes, todavía sería de pedirse una mayor tolerancia. Pero ¿ignora Gide que la U. R. S. S. se ve seriamente amenazada, y que tiene la impresión de encontrarse en estado de guerra? ¿Ignora que en la U. R. S. S. es necesario trabajar actualmente, como lo hacían los judíos de que habla la Biblia, con la cuchara de albañil en una mano y la espada en la otra? No sería pues, ni tan fácil ni tan útil suavizar la disciplina. Y los dirigentes de la U. R. S. S. dan pruebas de prudencia, sosteniendo con mano firme el timón. Efectivamente, la amenaza del fascismo sigue aún en pie.

Gide visitó la U. R. S. S., no como observador imparcial, sino como esteta desilusionado, que anda en busca de nuevas sensaciones. Casi no le satisfizo la U. R. S. S.: una impresión personalísima: Pero habla de ello en el mismo momento en que la agresión contra España está amenazando la obra del socialismo en Francia y en el mundo entero. Esto constituye—y Gide debería comprenderlo así— una ayuda dada al adversario y un golpe al progreso general.

Podría admitirse la publicación de este libro, si, por lo menos, Gide hubiese realizado obra de arte. Pero su "Regreso de la U. R. S. S." no es tal obra, y ¿cómo podría serlo si es contradictoria e inexacta? Es un panfleto confuso indigno del gran estilista que es Gide.

Al publicar, en las circunstancias actuales, este librito sin valor, Gide ha perdido todo derecho a titularse escritor socialista.

Por largos años André Gide vivió en su torre de marfil, dentro de un esteticismo puro. Esto le bastaba; y las obras creadas en esta época de su vida perdurarán. Posteriormente, salió de esa torre, en que se aburría y quiso darse un paseito,

con el solo fin de desentumecerse... Ya ha regresado a su torre. ¡Que le haga buen provecho!...

("Lu". París, enero. 1937).

La vena lírica de Rubén Romero

Por el Dr. PEDRO DE ALBA

El doctor don Pedro de Alba, distinguido escritor mexicano, quien ha ocupado altos puestos en nuestra Universidad, acaba de publicar un bello folleto sobre "Rubén Romero y sus Novelas Populares". Reproducimos un capítulo de la nueva producción del doctor de Alba, caracterizada por su simpatía, por los valores castizos de nuestra cultura y su fina sensibilidad.

TARDA en llegar a la ciudad de México el mensaje espiritual de las provincias. Aislamiento y distancia representan un papel adverso; olvido o malicia tienen que ver en la batalla. En la historia de las letras mexicanas se ve que los mejores "vinieron de lejos"; era la época en que las sierras, los campos y las villas guardaban reliquias inviolables y esencias depuradas de la vida mansa o agitada de los pueblos. La capital paga con creces la indiferencia inicial; cuando descubre un valor auténtico, se entrega sin reservas; al escuchar la voz de los juglares que traen la palpitación del dilatado territorio, se embelesa y se embriaga.

Una vez que identifica a sus artistas, los exalta y los mima, como si realizara actos de desagravio por haberlos ignorado tanto tiempo. Ofrece apoteosis y homenajes a quienes se han acercado a ella; sigue indiferente o insensible para quienes no abandonaron su retiro.

Ramón López Velarde y don Mariano Azuela conquistaron a México en un año y la ciudad fue hospitalaria, estimulante y devota para el poeta y para el novelista que traían, un mensaje de la provincia quieta y de la nación en guerra.

Manuel José Othón tenía que subir periódicamente a la metrópoli, porque sus amigos lo llamaban con urgencia para que recibiera los baños lustrales de la urbe, por más que luego volviera a "sus oscuras soledades"; Francisco González León no quiso abandonar ni por una temporada su recatado rincón, no le atrae el bullicio ciudadano, sigue en Lagos de Moreno, entonando salmos vespertinos; Luis Rosado Vega, se ha quedado interrogando el misterio de las noches de Mérida, con la ensimismada alucinación pitagórica de un maya de otros tiempos.